

—Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondría en gran cargo si pasase adelante en esa batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometía. El duque no sabía la ocasión por qué no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde doña Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces:

—Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo:

—Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El duque había bajado á la plaza del castillo, y llegando á Tosilos le dijo:

—Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os queréis casar con esta doncella?

—Sí, señor, respondió Tosilos.

—El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur dálo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibese Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que aprisa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse aprisa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual Doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces, dijeron:

—Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo; justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería.

—No vos acuitéis, señoras, dijo Don Quijote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería: y si la es, no ha sido la causa del duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, envidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el

rostro de vuestro esposo en el deste que decís que es lacayo del duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseáis alcanzar por esposo. El duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo:

—Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince días si quieren, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al señor Don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones.

—Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos mandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso le han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez:

—Séase quién fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es.

—En resolución, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformación. Aclamaron todos la vitoria por Don Quijote, y los más quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes: bien así como los muchachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron Doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía ó por otra aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.



CAPÍTULO LVII.

Que trata de como Don Quijote se despidió del duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta

Altisidora, doncella de la duquesa.

Y A le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacían, y parecía que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un día licencia á los duques para partirse.

Diéronsele con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo:

—¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habían de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesoso, se mostrara ella desagradecida.

Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos.

En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dé, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pensaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle.

Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del duque, el que fué la Trifaldí, le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabía Don Quijote.

Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa, que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en són lastimero, dijo:

Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,

sino de una coquerilla,
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.

Críel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas, llevar impío!
n las garras de tus cerrras
las entrañas de una humilde,
como enamorada tierna.

Llévaste tres tocadores
y unas ligas de unas piernas,
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros,
que á ser de fuego, pudieran
abrasar á dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.

Críel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Dese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes
leve la triste la pena:
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.

Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan;
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.



Don Quijote pidió un día licencia á los duques para partirse.

Cri-el Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres á Inglaterra.

Si jugares al reinado,
los cientos, ó la primera,
los reyes huyan de ti,
ases ni sietes no veas.

Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones,
si te sacares las muelas.

Cri-el Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando Don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo:

—Por el siglo de tus pasados, Sancho mío, te conjuro que me digas una verdad: Dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió:

Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la duquesa admirada de la desonvultura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desonvulturas; y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiración. El duque quiso reforzar el donaire, y dijo:

—No me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en

este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, y por lo más las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla.

—No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle.

Yo, señor duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, según ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdón, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinión, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.

—Déoslo Dios tan bueno, dijo la duquesa, señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías, y andad con Dios, que mientras más os detenéis, más aumentáis el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mía yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras.

—Una nó más quiero que me escuches, oh valeroso Don Quijote, dijo entonces Altisidora, y es, que te pido perdón del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caído en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba.

—¿No lo dije yo? dijo Sancho; bomito soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me había venido la ocasión en mi gobierno, Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

